

EL CUIDADO DE NUESTRA CASA COMÚN

El próximo 24 de mayo se cumplen 5 años desde que el Papa Francisco publicó la extraordinaria, conmovedora y apasionada encíclica “Laudato si”, sobre el cuidado de la casa común. No podemos pasar por alto su breve, pero inspiradora, introducción en la que, a través de un canto, un gemido y un olvido nos sitúa cara a cara ante nuestra hermana – madre tierra. Comienza recordando que el canto de alabanza “Laudato sí, mi’ signore” de san Francisco de Asís ya hablaba de que *“nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos¹”*; el gemido es el del propio planeta desesperado al que hemos situado *“entre los pobres más abandonados y maltratados [...] que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22) ²”*; y el olvido es el nuestro: *“Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura³”*.

Desde esa fecha se han celebrado 5 cumbres del clima (París, Marrakech, Fiji - Bonn, Katowice y Madrid) y parece que las cosas para el planeta han cambiado muy poco, a pesar del importante punto de inflexión que supuso la cumbre de París (COP21, 2015) y su “Acuerdo de París”. Un convenio mundial para luchar contra el cambio climático que se comenzaría a aplicar este año, 2020. No ha sido el único acuerdo logrado en estas cumbres, pero, desgraciadamente, en éste, como en la mayoría de ellos, los compromisos adquiridos y firmados por los países participantes no han tenido la repercusión deseada para mejorar la salud de nuestra casa común.

Paradójicamente la comunidad científica reconoce que la crisis del COVID-19 ha supuesto un respiro para nuestra madre – hermana tierra, al menos en lo que a emisiones de gases de efecto invernadero se refiere⁴. Parecería que es la propia Tierra la que se defiende, situándonos ante un escenario en el que desarrollar nuevas formas de relación y cuidado, por necesidad.

En un video mensaje, con ocasión de ese quinto aniversario, el Papa renueva enfáticamente su *“llamado urgente a responder a la crisis ecológica”* ya que, según él, *“el clamor de la tierra y el clamor de los pobres no dan para más”*. Este llamamiento está totalmente justificado, ya que hemos llegado al límite en muchos aspectos: a día de hoy siguen siendo los más pobres los que pagan el precio más alto del cambio climático, a día de hoy seguimos convirtiendo a nuestra casa en un inmenso invernadero, a día de hoy seguimos anteponiendo los intereses de la economía financiera a los de la ecología integral, ... Podríamos seguir enumerando clamores a los que nos hemos ido más o menos acostumbrando, sin embargo, se hace necesario introducir soplos de aire fresco que nos permitan seguir sosteniendo la esperanza. En el Sínodo Amazónico, celebrado a principios de este año, el Papa Francisco planteó algunos sueños para ese territorio que bien podríamos extender para todo el planeta y que podrían sonar así: *“sueño con un planeta en el que se luche por los derechos de los más pobres, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida; sueño con un planeta en el que preservemos la riqueza*

¹ Laudato si, 1.

² Laudato si, 2.

³ Laudato si, 2.

⁴ Según un análisis de del Centro de Investigación en Energía y Aire Limpio (CREA) de Estados Unidos, publicado en su portal especializado Carbon Brief, las emisiones de CO2 cayeron un 25% durante cuatro semanas en China por el bloqueo y la reducción de la actividad económica para frenar el coronavirus (Lauri Myllyvirta, 30 de marzo de 2020, <https://www.carbonbrief.org/analysis-coronavirus-has-temporarily-reduced-chinas-co2-emissions-by-a-quarter>). A pesar de ello la OMM (Organización Meteorológica Mundial) se muestra prudente a la hora de extraer conclusiones globales firmes sobre la importancia de la crisis económica derivada del Covid-19 en las concentraciones atmosféricas de gases de efecto invernadero, ya que de forma natural la biosfera terrestre absorbe una cantidad similar de CO2 de la que se libera en un ciclo estacional, por lo que los niveles globales medios de dióxido de carbono generalmente aumentan hasta abril o mayo. Este efecto natural es mucho mayor que las reducciones de emisiones relacionadas con la reciente desaceleración económica. Además, la OMM está teniendo dificultades para medir concentraciones de gases de efecto invernadero a nivel mundial, por que la propia crisis está dificultando el uso de sistemas de detección habituales, como por ejemplo los que están alojados en aeronaves comerciales y que actualmente apenas operan, o los que se ubican en las estaciones meteorológicas de superficie, que en muchos países del mundo aún no han sido automatizadas.

cultural, en la que brilla de modos tan diversos la belleza humana; sueño con un planeta en el que custodiemos celosamente la abrumadora hermosura que le engalana, la vida desbordante que llena todos los espacios.⁵

Estos sueños hoy podemos hacerlos nuestros, al igual que el poderoso llamamiento de las generaciones jóvenes, cuyo futuro está amenazado y reclaman que hagamos una transición urgente a las fuentes de energía renovable, que pongamos fin a la era de los combustibles fósiles, y no terminemos robándoles su futuro, dejándoles *“demasiados escombros, desiertos y suciedad⁶”* como decía el Papa Francisco en la *“Laudato Si”*.

Estos sueños hablan de riqueza, de diversidad, de vida desbordante, ... de conceptos que tienen un nombre a nivel científico: la biodiversidad. Es decir, la cantidad, la variedad y la variabilidad de los organismos vivos que viven en el planeta, considerada dentro de las especies, entre especies y entre ecosistemas. Es importante traer a colación este término porque es quizá uno de los aspectos de degradación ambiental menos conocidos, o que menos relevancia tiene para la opinión pública, pero que, en la situación actual de pandemia mundial, ha vuelto a ponerse en el punto de mira. Un grupo de biólogos presentaron un estudio científico hace ya más de 15 años⁷ en el que propusieron que la pérdida de la biodiversidad suponía un riesgo para la salud pública, este estudio ha sido corroborado posteriormente en múltiples ocasiones y por otros autores. Es lo que llamaron en su estudio el *“efecto protector de la biodiversidad por dilución de la carga vírica”*, es decir, a mayor biodiversidad, mayor dilución de la carga vírica patógena y por lo tanto menor posibilidad de que se produzcan infecciones masivas, pero también: mayor posibilidad de proveernos de alimentos, medicamentos, materias primas/recursos y energía; mejor regulación de la calidad del aire y del clima, de la purificación de las aguas, del control de la erosión y de los desastres naturales, y de dinámicas naturales fundamentales para la vida en el planeta, también la nuestra, como la polinización, entre otros. Así que, cuanto más rica es la biodiversidad, más posibilidades de supervivencia tenemos todos los que vivimos en el planeta.

Lo cierto es que la biodiversidad del planeta va restando cifras poco a poco y son ya más de un 60% de especies animales las que han desaparecido desde los años 70 hasta la actualidad. A esto se suma que, actualmente, un millón de especies de animales y plantas, de los 8 millones que existen, están en peligro de extinción, y se ha reducido el número de individuos de especies que consideramos fundamentales, y que conviven con nosotros, como por ejemplo las abejas⁸.

Una última clave para incorporar a esta reflexión es la globalización, que acelera y multiplica todos los procesos sociales y ambientales, ya sean positivos o negativos, para nuestra sociedad, o para nuestra casa común. El problema es que la desigualdad social y la destrucción ambiental prevalecen y se reproducen exponencialmente.

Es hora de organizar una intervención. Todos tendremos que hacer un cambio radical en nuestro estilo de vida, del uso de la energía, del consumo, del transporte, de la producción industrial, de la construcción, de la agricultura, etc. Cada uno de nosotros está llamado a actuar. Pero también debemos actuar juntos, empezando por los gobiernos e instituciones, las familias y las personas: necesitamos todas las armas disponibles. Franz Hohler en su breve historia titulada *“La playa⁹”* da con la clave:

⁵ Variación del texto del punto 7 de la Exhortación Apostólica Postsinodal *“Querida Amazonia”*, que originalmente está así redactado: *“Sueño con una Amazonia en la que se luche por los derechos de los más pobres, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida. Sueño con una Amazonia que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana. Sueño con una Amazonia que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante que llena sus ríos y sus selvas”*

⁶ Laudato si, 161.

⁷ F. Keesin, R. D. Holt & R. S. Ostfeld. *“Effects of species diversity on disease risk”*. Ecology Letters, (2006) 9: 485–498

⁸ Datos extraídos del informe de la ONU sobre Biodiversidad (Evaluación Global sobre la Biodiversidad y los Servicios de los Ecosistemas del Panel Intergubernamental sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas - IPBES, 2019) y del Informe Planeta Vivo de WWF (2018).

⁹ Jürg Schubiger, Franz Hohler y Jutta Bauer. *Así empezó todo: 34 historias sobre el origen del mundo*. Ed. Anaya (2007).

“Es increíble lo grande que es el mar.

Los primeros hombres que poblaron la Tierra nunca iban solos a la playa, siempre preguntaban primero a los demás para ver si alguien les acompañaba. Luego, se cogían de la mano y se acercaban juntos a la orilla.

- Por lo menos tenemos que ir de diez en diez para poder ver el mar – decían – uno solo no lo consigue.”

“El mar” que tenemos delante es muy grande, muy complejo, con muchas realidades a veces contrapuestas, igual que los intereses. Está claro que uno solo, una sola, no podemos “verlo”, tendremos siempre una visión muy sesgada, particular y seguramente interesada, por eso necesitamos caminar juntos, estar y ser juntos. Hohler propone que seamos al menos 10, que seamos muchos, que nos pongamos de acuerdo, que contrastemos nuestra visión de la realidad, que aportemos nuestras visiones particulares, nuestros intereses, para construir proyectos comunes en los que nuestra hermana – madre tierra, “el mar”, sea el elemento central. La forma de hacerlo no admite dudas: cogidos de la mano. Esta alegoría propone este interesante matiz para acercarnos juntos a la realidad: el contacto físico; que es como decir que tenemos que hacerlo como hermanos, con complicidad absoluta, con confianza en los demás, con responsabilidad y compromiso, a la vez, en compañía.

Dice el Papa Francisco que necesitamos *“una solidaridad universal nueva, [...] los talentos y la implicación de todos para reparar el daño humano a la creación de Dios, [...] cada uno desde su cultura, su experiencia, sus iniciativas y sus capacidades¹⁰”*. La naturaleza necesita de nuestro amor, de nuestra ternura, de nuestro cuidado unidos al de Dios mismo, que es a su vez quien nos ama y nos cuida.

Todavía hay esperanza, tanta esperanza..., todavía hay tiempo para cambiar, juntos.

Miguel A. Martín Ballesteros

¹⁰ Laudato sí, 14.